ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

RECETA INFALIBLE

JUGUETE COMICO LIRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL ALTOLAGUIRRE

MÚSICA DE LOS MAESTROS

RUBIO Y CATALÁ

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1890

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS
N.º de la procedencia
4054.

RECETA INFALIBLE

RECETA INFALIBLE

JUGUETE COMICO LIRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL ALTOLAGUIRRE

MÚSICA DE LOS MAESTROS

RUBIO Y CATALÁ

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE ESLAVA la noche del 27 de Marzo de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
AURORA.....	Doña	Asunción Escobar.
DOÑA TORCUATA.....	»	Concepción Cecilio.
DON SIMÓN.....	Don	Mariano de Larra.
ALCALDE.....	»	Vicente García Valero.
JUANITO BELLO.....	»	Pedro Constantí.
ANTOLÍN.....	»	José Nogueras.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Salón principal de una fonda de pueblo. Mesa de escritorio. Cuatro puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

DON SIMÓN, después ANTOLÍN

SIMON. Las once... otro día más en que empiezo á desconfiar de que se acuerde de mí la señora doña Torcuata... ¡Cómo tarda el correo!

ANT. Buenos días, señorito. Las botas. (Las coloca sobre la mesa.) La levita... (La deja sobre una silla.) El correo... (Le entrega un paquete.) ¿No ha venido el señor Alcalde por aquí?

SIMON. Todavía no.

ANT. Pues andaba hoy muy atareado con los consumos... Creo que esta mañana han querido meter siete jamones en el carro de los muertos.

SIMON. ¿Ha venido mucha gente en el coche?

ANT. Más que ningún día.

SIMON. Bueno, vete para la oficina.

721461

ANT. ¿Se le ofrece al señorito alguna cosa?

SIMON. Nada... nada... (Mutis.)

ESCENA II

DON SIMÓN, AURORA y JUANITO

SIMON. (Examinando el correo.) Nada; por lo visto, mi mujer s ha olvidado de que yo existo en el mundo: es como únicamente puedo tolerarla, por escrito, y sin duda por eso se empeña en no escribirme... (Aurora y Juanito por el foro, en traje de viaje y con mucho misterio.)

JUANITO. Entra, tonta.

AURORA. Si me da mucha vergüenza.

JUANITO. ¡Camarero!... ¡camarero!... (Repara en don Simón.) ¡Don Simón! ¿Usted por aquí?

SIMON. ¡Juanito! ¡Qué sorpresa! (Se abrazan.) Señora... ¿te has casado, eh? ¡Pirandón!...

JUANITO. No... calle usted... es una historia... (Aparte.)

SIMON. ¿Conqué un enredo? ¡Vaya, vaya con Juanito!...

JUANITO. ¡Calle usted, cualquiera imprudencia podría comprometernos! (Á Aurora.) ¿Cómo te sientes, monona?

AURORA. Tengo mucho miedo. ¿Y tú?

JUANITO. Yo, cada vez que miro un tricornio, se me pone la carne de gallina...

AURORA. En queriéndome tú, todo lo tolero, hasta la Guardia civil...

SIMON. (¡Oh alma tierna y candorosa!) Vaya, continúen ustedes... como si no estuviera yo aquí. (Amoscado.)

JUANITO. La pobrecilla es tan corta, que necesita que la consuelen cada cinco minutos... Siéntate, monísima. (Á don Simón con mucho misterio.) Esta mujer es el sueño de mi vida; Aurora, niña de dieciseis Abriles; ¿no ve usted como le rebosa el rubor por el rostro?

SIMON. Vamos, es una aurora... boreal...

JUANITO. Los dos nos amábamos con ardor juvenil... su padre se oponía.

SIMON. Es natural... un padre no siempre tolera esas cosas.

JUANITO. Llegó un día en que no pudimos resistir más y, ¡zás!

SIMON. ¡Zás! ¿Qué quiere decir eso!

JUANITO. Que nos fugamos, hombre.

SIMON. (Indignado.) Muy mal hecho; un jovén decente como usted, no debe dar esos ejemplos. ¡Perturbar el hogar doméstico! ¡Llevar la desolación al seno de las familias! ¡Profanar las leyes del honor!...

JUANITO. Pero considere usted que Aurorita tiene dos mil duros de renta.

SIMON. ¡Ah! ¿Tiene dos mil duros de renta?... (Transición.) Choca. Por dos mil duros era yo capáz de robar al mismísimo destripador de Withechapel. (Pausa.) Pues hijo, aquí me tienes vegetando, gracias al ministro de Hacienda que me nombró administrador subalterno de estos dominios, con el haber anual de dos mil pesetas. Mi hijo Juan, tu tocayo y amigo de la niñéz, en Filipinas. Mi esposa, en Madrid. Ahora dicen que nos van á suprimir y tendré que reunirme de nuevo con ella. Seré una víctima más de las economías.

JUANITO. ¿Cómo? Está usted separado?..,

SIMON. Estoy... descansando. Ella dice que no le gusta la vida de los pueblos, y gracias á esto, vivo aquí felíz y solito como un hongo hasta que Dios y el Gobierno quieran.

JUANITO. ¡Hombre! se me ocurre una idea; don Simón, usted puede ser nuestra providencia.

SIMON. ¿Yo?

JUANITO. Sí señor; ¿usted pasará por casado á los ojos de esta gente?

SIMON. Por lo que soy: un casado que respira por un poco de tiempo.

JUANITO. Nosotros tenemos un miedo horrible de caer en poder de la justicia: á estas horas, ya el telégrafo habrá transmitido la noticia de nuestra huída; ya comprenderá usted lo enojoso que debe ser para un chico criado en buenos pañales, regresar al domicilio paterno escoltado por la Guardia civil.

SIMON. Con efecto...

JUANITO. Pues bien, amigo don Simón, en sus manos de usted está el desvanecer toda sospecha...

SIMON. ¿En mis manos?

JUANITO. Sí señor; es muy sencillo. Aurora (Cogiéndola de la mano.) es la señora de don Simón Berruguita, administrador de Hacienda de este partido, la cual ha llegado hoy acompañada por su hermano don Juanito Bello, que soy yo; este don Juanito se la entrega á usted sana y salva, después de un viaje felicísimo, y como su presencia en esta casa pudiera parecerle enojosa, deseoso de desvanecer toda sospecha, se retira, buscando alojamiento en otra fonda, hasta que llegue el perdón de los papás. Así hacemos inútiles las pesquisas de la policía, y usted se da tono por un poco de tiempo con una mujer joven, guapa, elegante, que dará realce á la autoridad de usted...

SIMON. Eso es; y se entera el padre de la chica y da cuenta al ministro de Hacienda, que á vuelta de correo, me escabecha por haberme prestado á hacer comedias indignas... No me caso, que no me caso...

JUANITO. Vamos, don Simón; usted es bueno, y no nos echará en las garras de nuestros perseguidores.

SIMON. Que no me caso, hombre, que no me caso. ¿Crees tú que no tengo bastante con mi mujer?

JUANITO. Anda, Aurorita, suplícale tú...

AURORA. Yo no quiero separarme de tí...

JUANITO. Pero considera, hija mía, que es indispensable para nuestra dicha... Nada, es cosa decidida. (Á don Simón.) Yo le prometo á usted conseguirle el ascenso, si accede...

SIMON. ¡Un ascenso! Con tal de que no me destinen al lado de mi mujer, consiento.

AURORA. ¿Pero me vas á dejar sola con este señor?

JUANITO. No temas nada: estarás igual que conmigo.

AURORA. (Sorprendida.) ¿Como contigo!

SIMON. Descuíde usted, señorita, seré un marido de guardarropía, una figura decorativa nada más.

JUANITO. Don Simón es incapáz...

SIMON. No sabemos... no sabemos de lo que sería yo capáz por unos ojillos así...

JUANITO. No le hagas caso; es muy bromista. (Con tono solemne.) Don Simón, le entrego á usted en depósito sagrado mi dicha, mi porvenir, mis ilusiones. (Aparte.) (El cocido de toda mi vida...)

SIMON. Vete tranquilo: lo guardaré como los fondos del Estado.

JUANITO. Adiós, don Simón, adiós, monísima...

AURORA. ¿Te acordarás mucho de mí?

JUANITO. A todas horas... (Medio mutis.)

AURORA. Oye... oye. ¿Mirarás muchas veces mi retrato?

JUANITO. Lo gastaré á besos. (Medio mutis.)

AURORA. Oye... mira... ¿Me escribirás todos los días?

JUANITO. La historia de Lafuente será una esquela fúnebre comparada con mis cartas.

SIMON. Pero señores, tengan ustedes en cuenta que está el marido delante.

JUANITO. Vaya.. ádiós, señora administradora.

SIMON. Adiós, calaverilla. (Mutis.)

ESCENA III

AURORA y DON SIMÓN

SIMON. Y bien, señorita, ya que el destino la puso á usted bajo mi tutela, debo manifestarle que á mi lado no carecerá usted de nada, absolutamente de nada.

AURORA. Gracias, caballero.

SIMON. Yo poco valgo; pero como amigo, como funcionario público y como caballero, sabré cumplir los deberes que me impone esta interinidad tan grata para mí... Yo bien sé que no debe serle á usted muy agradable pasar á los ojos del mundo por esposa de un hombre tan respetable como yo...

AURORA. ¡Quiá! No señor... Usted está muy bien conservado.

SIMON. Muchas gracias, hija... Yo soy conservador por principios; conservo mi destino contra viento y marea; conservo esta levita que la estrené en el último besamanos á que asistió Narvaez, y por conservar, conservo hasta á mi mujer, que es cuanto hay que conservar...

AURORA. ¿Acaso no es usted felíz en su matrimonio?

SIMON. Sí, muy felíz, vaya; pero, hija mía, veinticinco años de bronca contínua, enseñan mucho... ¿Y qué tal el viaje?

AURORA. Mal, muy mal; hemos pasado muchas fatigas.

SIMON. Lo creo, sí señora; ese camino está muy malo; además, no hay suplicio mayor que viajar en diligencia: sobre todo, el viaje de boda. Mire usted; cuando yo me casé, salí para Betanzos en posta, y toda la noche le estuve dando la mano á un alférez de la Guardia civil. El hombre se hacía el tonto. ¡Claro! ¡Como que me había tomado por mi mujer!

AURORA. Y diga usted, ¿volverá pronto Juanito?

SIMON. Señorita, por el pronto no hay que pensar en eso, si no quiere usted correr un gran peligro. Ahora voy á dejarla á usted sola algunos momentos; el deber me llama... (Cepillando el sombrero.) Señora, esta es nuestra habitación.

AURORA. ¡Cómo!

SIMON. Durante el día nada más. Vaya, voy un ratito á la oficina; pero volveré á darle á usted una vueltecita antes de comer....

AURORA. ¿Una vuelta? ¿Por dónde?

SIMON. Quiero decir, que vendré á verla breves instantes; ya sabe usted que para todo el mundo es usted la señora del administrador, don Simón Berruguita...

AURORA. ¿Y me va usted á dejar sola?

SIMON. ¡Hija, como no quiera usted venirse á la oficina! Vaya, adiós, mujercita mía... (Mutis.)

ESCENA IV

AURORA y después el ALCALDE

MÚSICA

AURORA. Pensar en él tan solo quiero
y por él deliro de amor;
¡ay! yo no sé lo que me pasa,
desde que el alma me enagenó.
¡Cuánto le quiero! es mi esperanza;
toda mi vida yo le amaré,
él me ha inspirado dichas sin nombre
y muy felices vamos á ser.
Virgen divina, que ves mi pasión,
préstame fuerzas para resistir
la triste ausencia de mi único amor;
pues sin mirarle no puedo vivir.

HABLADO

AURORA. ¡Ay!...
ALC. ¿Se ha asustado usted?
AURORA. No... digo, sí... no...
ALC. ¿En qué quedamos? (Leyendo un papel con disimulo.) («Color moreno... guardapolvo gris...»)
AURORA. (¿Por qué me mirará de ese modo?)
ALC. ¿Usted habrá entrado hoy de huéspeda en esta casa?
AURORA. No señor... yo no soy huéspeda.
ALC. Pues si no es usted huéspeda, será *transeunta.*
AURORA. Tampoco. Yo soy la señora del administrador.
ALC. ¡Acabáramos! Dispense usted, señora administradora. ¡Anda, anda! Y cómo las gasta el tuno de don Simón. Y eso que me decía que su mujer era un *fócile.* ¿Ha querido darle usted una sorpresa, eh?
AURORA. Sí señor, le he sorprendido. (¡Y tanto como le he sorprendido!)

ALC. Á usted no le extrañará que yo le haya hecho al principio esas preguntas, porque uno al fin es autoridad, y como autoridad, tiene uno que cumplir con los preceptos constitucionales del Código. (Quiero que vea que también somos ilustrados en los pueblos.) Y luego, como desde esta mañana andamos todos de cabeza con el telegrama del Gobernador...

AURORA. ¿Un telegrama?

ALC. Sí, aquí está. (Lee.) «Huyó hija familia, morena, lunar mejilla, guardapolvo gris, con joven chato, rizado pelo, paletó azul. Sospéchase tomaron por ahí.» Pero, ¿qué es eso? ¿Se pone usted mala?

AURORA. No señor, no es nada.

ALC. Yo debí comprender desde un principio, que esto no iba con usted; pues usted tiene un lunar en la cara, y aquí dice en la mejilla.

AURORA. ¡Claro!

ALC. No dice si claro ó con pelo. Pero ¡qué ignorantes son estos Gobernadores! ¿Cómo va uno á averiguar si una señorita tiene un lunar en ese sitio? Vaya, con el permiso de usted... Ya vendré á verla á usted con mi parienta... Aquí no encontrará usted cumplidos... pero mucha franqueza... ¡Señor Tadeo... señor Tadeo!... (Mutis por el foto.)

ESCENA V

AURORA

Gracias á Dios que se fué: este hombre me iba inquietando. Y si no es por la ocurrencia de Juanito, hacemos un bonito papel. La verdad es que esto ha estado muy mal, si señor, y cualquier percance que nos ocurra nos estará bien empleado...

ESCENA VI

AURORA y JUANITO

MÚSICA

JUANITO. (Con misterio.)
¿Aurora?
AURORA. Silencio.
JUANITO. ¿Qué pasa?
AURORA. Chitón.
¿No ves que estoy sola?
JUANITO. Pues mucho mejor.
AURORA. Yo tengo mucho miedo,
yo tengo cortedad.
JUANITO. Yo tengo muchas ganas
de poderte abrazar.
AURORA. ¡Ay, Juan de mi vida!
JUANITO. Aurora celestial.
AURORA. Jesús, qué vergüenza...
no te acerques más.
JUANITO. No temas, chiquilla,
vente para acá,
que poquito á poco
se te quitará.

—

Recuerda, bien mío, las horas
de lánguido amor,
verás cómo cesa tu miedo
y me animo yo.
AURORA. Recuerda que somos dos chicos
sin reflexión.
Y si aquí nos sorprenden juntitos,
¡qué sofocón!
JUANITO. Cuando venga el indulto
y nos casemos,
verás tú que felices
los dos seremos.

Pensando en esas cosas
se quita el miedo.
¿Te da menos vergüenza?

AURORA. Ya tengo menos.

JUANITO. Los dos así, del brazo,
por el paseo,
verás tú cuánto tono
que nos daremos,
llevando por delante
como trofeo,
un ama muy rolliza
con dos gemelos.

AURORA. No me hables de esas cosas,
no seas travieso...
me da mucha vergüenza.
¡Jesús, qué miedo!

JUANITO. Si tenemos un niño,
¿qué nombre le pondremos?

AURORA. Se llamará Abelardo.

JUANITO. Ó Filiberto.

AURORA. Y luégo irá á la escuela
con su papá,
y en cuanto multiplique,
le haremos concejal.

JUANITO. Ay, Aurora mia
de mi corazón.

AURORA. ¡Ay, Juan de mi vida,
qué contenta estoy!

JUANITO. Ya no tienes miedo...
ya se te pasó...

AURORA. Miedo sí que tengo,
pero tanto no.

JUANITO. Mi cielo, mi encanto,
mi luz, mi pasión...

AURORA. ¡Ay, Juan de mi vida,
qué contenta estoy!...
¿Qué harán si nos cogen

en tal situación?

JUANITO. ¡Llevarnos á todos
á la prevención!

HABLADO

AURORA. ¿Pero qué buscas aquí? ¿No ves que puedes comprometernos?

JUANITO. No temas, tonta.

AURORA. Hay grandes novedades.

JUANITO. ¿Sí?

AURORA. El Alcalde tiene un telegrama del Gobernador.

JUANITO. ¡Santa Bárbara!

AURORA. La primera autoridad le encarga que persiga á un chato que se ha escapado con una chica de buena familia. Ya ves, no sólo nos asedian, sino que hasta dan tus señas personales.

JUANITO. (Tocándose la nariz.) Pero yo creo que tengo una cosita regular. Por aquí no me han de coger.

AURORA. Por fortuna yo he tenido bastante serenidad para hacerle creer que soy la administradora...

JUANITO. ¡Oh, mujer sublime! Tú eres mi salvadora... ¿Me quieres?

AURORA. Hasta la pared de enfrente.

JUANITO. Mira que la calle es muy estrecha.

AURORA. Pues hasta el cielo. (Juanito le toma una mano y empieza á besarsela.)

ESCENA VII

DICHOS y el ALCALDE

ALC. (Desde la puerta del foro.) ¡Hola! La mujer del administrador con un pisaverde. Y le besa la mano.

JUANITO. Mi tesoro...

AURORA. Mi cariño... (El Alcalde se acerca con sigilo y se interpone entre los dos.)

AURORA y JUANITO. ¡Ah! (Aurora huye precipitadamente y entra por la derecha.)

ESCENA VIII

JUANITO y el ALCALDE

ALC. Bien, muy bien; pueden ustedes continuar... ¿Conqué es decir que se dedica usted á la esposa del administrador? ¡Que trata usted de ponerle!...

JUANITO. ¿El qué? Vamos á ver.

ALC. De ponerle... en ridículo.

JUANITO. ¿Y á usted, quién le manda?...

ALC. Soy la primera autoridad del pueblo.

JUANITO. Le advierto á usted que yo soy Bello.

ALC. Pues como si fuese usted más feo que toda su familia...

JUANITO. (Este es el Alcalde, y si se empeña en averiguar, tal vez descubra...) Señor Alcalde, señor Alcalde.

ALC. ¿Qué pasa, hombre?

JUANITO. Es verdad que yo le besaba la mano á esa señora...

ALC. ¡Hombre! Solo faltaba que lo negase usted ahora!

JUANITO. Pero mi intención no ha sido mala; lo hacia por distraerme: como este pueblo es tan aburrido...

ALC. Nada, hombre; que no me convence usted; usted estaba aquí hace un momento faltándole al señor administrador, y yo, como compañero, estoy en el deber de avisarle... aquí está...

ESCENA IX

DICHOS y DON SIMÓN

SIMON. Hola, señores...

ALC. A propósito, señor administrador, llega usted á punto.

SIMON. ¿Qué ocurre?

ALC. Acabo de sorprender á la mujer de usted...

SIMON. ¡A mi mujer! (Muy asustado.) ¿Dónde está?...

JUANITO. (Aparte.) Sí señor, á la mujer de usted...

SIMON. (Respirando con fuerza.) ¡Ah! Ya...

ALC. Dejándose besar la mano por este caballero.

SIMON. ¡Hombre... hombre!... (Transición.) ¿No sabe usted que le tengo dicho que no se tome esas libertades en público?

ALC. (¡Alza! Este señor es más sufrido todavía que el boticario.)

JUANITO. (A don Simón aparte.) Incomódese usted hombre, incomódese usted...

SIMON. ¡Hola! ¡hola! ¿Conque ha abusado usted de mi hospitalidad? ¿Conque ha profanado usted con sus labios la virtud más santa y más?... (Se echa á reir.)

ALC. (Yo he visto maridos con poca delicadeza, pero como este, ninguno.)

JUANITO. Le diré á usted, yo... (incomódese usted, hombre.)

SIMON. ¡Bueno, bueno, bueno! Tres veces bueno. ¡Váyase usted á la oficina!...

JUANITO. ¿Quién? ¿yo?

SIMON. ¡Quieto aquí! Váyase usted á la oficina tan tranquilo; deje usted en su casa á una mujer buena, cariñosa, fiel, para que venga un títere cualquiera...

JUANITO. ¡Caballero!

SIMON. Sí señor, un títere cualquiera. ¡No retiro la palabra!

JUANITO. Bueno; pues no la retire usted.

SIMON. Y en un momento le robe á uno dicha, porvenir, ilusiones... (Vuelve á reir.)

ALC. (Cuando yo digo que este señor es la mansedumbre andando.) Señor Administrador, yo no le hubiera á usted dicho nada; pero como ha sido la cosa tan fragante...

SIMON. ¡Hola, hola! ¿Conque ha sido tan fragante? ¡Ah! pues ya el caso varía...

ALC. No hacía ni dos minutos que había salido usted de aquí, cuando...

SIMON. ¿Se aprovecha el tiempo? ¿No es verdad? ¿No pudo usted esperar á que yo entrase en la oficina como haría un caballero?...

JUANITO. Yo le explicaré á usted...

ALC. Un caballero hace lo que yo hice con el recaudador de Contribuciones cuando se decía que si miraba con buenos ojos á mi mujer...

SIMON. ¿Qué hizo usted?

ALC. Le metí en la cárcel...

SIMON. Durillo, durillo me parece...

ALC. ¡Sí señor, en el patio de mi casa que es la cárcel del pueblo! Y bien que la paga el Municipio.

SIMON. (A Juanito.) Pues nos veremos, caballerito.

JUANITO. Sí señor que nos veremos... En el casino le espero á usted... (Mutis.)

ESCENA X

DON SIMÓN y el ALCALDE

SIMON. Pero hombre, ¡qué inocente es usted! ¿No ha comprendido usted todavía que esa mujer no es lo que parece?

ALC. ¿No? ¿Pues qué es entonces?

SIMON. (¿Qué le diré yo á éste?) (Con misterio.) Es. . mi hija.

ALC. ¡Anda! ¿Y está usted casado con su hija?

SIMON. No señor: es una historia... (Mira por todas partes.) Chist.. Una noche... un jardín... una escala... ¿Usted no ha visto nunca una escala?

ALC. ¿La escala de Jacob?

SIMON. Sí; después una mujer desmayada, un perro que ladra... ¡el huracán soplaba con furia...!

ALC. ¿Qué huracán?

SIMON. El de aquella noche. ¿Usted ha oído alguna historia de esas donde no sople el huracán?

ALC. ¡Ah! Ya.

SIMON. Después... salté...

ALC. ¿Por dónde?

SIMON. Por el balcón... en mis tiempos todos los amantes saltaban por el balcón... Más tarde el infierno de la desesperación y el fruto...

ALC. ¿Qué fruto?

SIMON. Esa niña, que hago pasar por mi esposa, por razones de moralidad pública: ya comprenderá usted que un funcionario público no debe tener una hija así, de cualquier modo.

ALC. Bueno, todo eso está muy bien, pero ¿y el otro?

SIMON. ¿Qué otro?

ALC. El de la manita. (Haciendo ademán de besar.)

SIMON. ¡Ah! Ese... ¡mi hijo!

ALC. ¿También ese? ¿Y le besaba la mano á su hermana?

SIMON. Sí señor: ¿qué tiene eso de particular?

ALC. En el pueblo no se acostumbra á hacer eso nada más que con el señor cura.

SIMON. Porque están ustedes muy atrasados...

ALC. ¿Pero ese chico?...

SIMON. Es otra historia... Una noche... un jardín... una mujer desmayada...

ALC. Sí... después el perro que ladra...

SIMON. No señor: esta vez no hubo perro; era perra.

ALC. (¡Pero qué cosas más extraordinarias cuenta este buen señor!)

SIMON. Espero que guardará usted este secreto con la discreción que sabe hacerlo.

ALC. Descuide usted, entre nosotros dos quedará la cosa.

ESCENA XI

DICHOS. DOÑA TORCUATA y un CRIADO con maletas.

TOR. (Dentro.) Por aquí, por aquí; cuidado con tropezar...

SIMON. (¡Cielo santo! La voz de mi mujer... Sálvese el que pueda!) (Huye precipitadamente por la primera puerta de la izquierda.)

ALC. ¿Qué diantre le habrá dado?

TORC. Ponga usted eso por ahí... (Reparando en el Alcalde.) Servidora de usted... (Vase el mozo por la segunda puerta de la derecha.)

ALC. Muy buenos días...

TORC. ¿Vive aquí el administrador señor Berruguita?...

ALC. Sí señora, hace poco estaba aquí con su señora... (Seguiré guardando el secreto, pues no quiere que se sepa...)

TORC. ¿Su señora! ¡Su señora! ¿Está usted cierto de lo que dice?

ALC. ¡Y tan cierto! aquí viene... vaya, quede usted con Dios... (La examina y saca un papel.) (¿Si será?... Ojos negros... no la perderemos de vista...) (Mutis por el foro.)

ESCENA XII

DOÑA TORCUATA, AURORA y DON SIMÓN al paño.

TORC. ¡Ah, infame! ¡está viviendo aquí con una querida!... (Don Simón asoma con mucho sigilo la cabeza con el sombrero puesto por la primera puerta de la izquierda. Al ver á su mujer retrocede rápidamente y queda al paño.) Digo... ¡y es joven! Tengamos calma... mucha calma...

AURORA. ¿Buscaba usted?...

TORC. (Con retintín.) A su esposo; porque supongo que usted será la señora de Berruguita. ¿No es verdad? (Don Simón le hace desde la puerta señas de que niegue, pero Aurora no las ve.)

AURORA. Servidora de usted.

SIMON. (¡Me ha perdido! ¡Me ha perdido para siempre!)

TORC. ¿Y hace mucho tiempo que contrajeron ustedes matrimonio?

AURORA. ¿Pero viene usted á hacer el padrón?

TORC. Puede. (Ya verás el padrón que yo te voy á dar á tí. ¿Pero dónde está ese mónstruo?... Lo primero, buscarle á él... Y donde le encuentre... ¡aan!) (Entra por la segunda puerta de la izquierda, y don Simón sale de la primera)

ESCENA XIII

DON SIMÓN y AURORA

SIMON. ¡Me ha perdido usted... me ha perdido usted!...

AURORA. ¿Pero que pasa?...

TORC. (Dentro.) ¿Dónde está ese *bírgamo*?

SIMON. ¿Y dónde me meto ahora?... Escóndase usted pronto... (Aurora entra en la primera puerta de la derecha y don Simón en la segunda.) ¡Me ha perdido usted!...

ESCENA XIV

DOÑA TORCUATA

¡No le encuentro por toda la casa! ¿Y ella? ¿Dónde está esa?... ¡Claro! El miserable se aprovechaba de mi ausencia para divertirse en compañía de una mujer joven, guapa... ¡Y yo que venía á sorprenderle! Por supuesto, en cuanto le coja no van á quedar ni señales... (Enfurecida.) ¡Yo necesito ver al Juez! ¡Yo quiero ir al Juicio oral! ¡Y me absolverá! ¡Vaya si me absolverá!...

ESCENA XV

DOÑA TORCUATA y el ALCALDE

ALC. (Me parece que ya tengo la pista: aquí está ella.)

TORC. ¡Hola! ¿Es usted del pueblo?

ALC. Soy la primera autoridad... (¡Á ver si se entrega!)

TORC. ¡Ah! Lo celebro: en esta casa se está cometiendo un crimen horrible. Se está faltando al pudor.

ALC. ¿Dónde? ¿Aquí? Pues no veo...

TORC. ¿Qué demonios quería usted ver, hombre? Hay cosas que lo mejor es no verlas.

ALC. (¡Si estará tocada!...) Señora... usted me dispensará si le hago una pregunta, pero el deber es antes que

todo... y yo soy esclavo del deber... ¿usted tiene un lunar en alguna parte?

TORC. Sí señor, tengo un lunar en la garganta que me está ahogando de coraje. Diga usted, ¿conoce usted á la mujer del administrador?

ALC. ¡Toma! ¿Ahora salimos con esas? (Con misterio.) Aquí en confianza, le diré á usted que no hay tal mujer.

TORC. (¿A mi me lo dices tú?) Pues ¿qué es entonces?

ALC. ¿Me promete usted reserva?

TORC. Sí, hombre, acabe usted por Dios.

ALC. Esa niña es... una historia.

TORC. ¿Una historia?

ALC. Una noche... un jardín... un perro que ladra... en fin, que esa niña es su hija.

TORC. ¡Su hija! Tiene una hija, y he estado tanto tiempo sin saberlo... ¡Bien decía yo que era demasiado joven para él! ¡Si le conoceré yo! ¡Ay, yo me siento mala!... ¡Ay! sosténgame usted. (Se desmaya sobre los brazos del Alcalde, que empieza á hacerlo aire con su sombrero.)

ALC. ¡Señora, señora!... ¿pero qué le pasa?... ¡Socorro... socorro!

ESCENA XVI

DICHOS y AURORA

AURORA. ¡Ay! la loca de antes. . ¿Qué le habrá dado? ¡Pobre señora!...

ALC. Nada: porque le dije que estaba aquí su papá de usted, se ha desmayado.

AURORA. ¡Mi padre! ¿Qué está usted diciendo? ¿Está mi padre aquí?

ALC. Sí, señorita; no disimule usted por más tiempo; lo sé todo; sé que no es usted la mujer de don Simón; que es usted soltera y que están ustedes representando una comedia; su padre de usted me lo ha dicho...

AURORA. ¡Dios mío! mi padre. ¡Qué vergüenza!... ¡Ay!... yo me pongo mala...

ALC. ¡Señora! ¡Haga usted el favor de no desmayarse hasta que vuelva en sí la loca!

TORC. (Levantándose de un salto.) ¿Loca? ¿Loca yo? Va usted á ver... ¡impostor!... (El Alcalde sale huyendo por el foro y doña Torcuata se detiene en la puerta.)

ESCENA XVII

AURORA y DOÑA TORCUATA

Aurora se queda junto á la puerta de la derecha, mirando recelosamente á doña Torcuata.

TORC. (El infame me engañaba. ¡Y yo que le creía incapáz de tener otra hija...! Menos mal; será un trapicheo antiguo... allí está... ¡Bah! qué culpa tiene la pobrecilla de las faltas de su padre...) Acérquese usted, hija mía.

AURORA. (¡Qué cambio tan brusco!)

TORC. Vamos, no le dé á usted vergüenza... lo sé todo, y quiero ser una amiga verdadera de usted, más aún, una madre.

AURORA. Gracias, señora; si viese usted lo arrepentida que estoy... Y más ahora que está aquí mi padre...

TORC. No me lo nombre usted, no me hable de ese mónstruo.

AURORA. ¿Pero qué le ha hecho á usted mi padre para que le trate así?

TORC. No hablemos ahora de eso... Usted no tiene la culpa... ¿verdad?

AURORA. Yo no quería...

TORC. (¡Claro! ¿Cómo iba á querer tener por padre á ese pillo?)

TORC. ¿Y conoció usted á su madre?

AURORA. ¡Ya lo creo que la conocí!

TORC. ¿Ha muerto?

AURORA. Sí señora, hace más de un año...

TORC. ¡Me alegro! Digo... no. (Jesús, qué atrocidad.)

AURORA. (¡Qué mala sangre tiene esta señora!)

TORC. Hija mía, la Providencia me ha traído aquí para que velase por usted... Ya es inútil el fingimiento... ¡Abraza á tu madre! ¡Yo te perdono á tí y á él!...

AURORA. ¡Cómo! ¿mi madre? ¡Qué sospecha! ¿Es usted la mamá de Juanito?

TORC. Sí, hija mía... (¡Conoce á su hermano y nada me había dicho!)

AURORA. ¡Qué felicidad! ¡Qué contento se va á poner cuando sepa que está usted aquí... y que me quiere por hija suya!...

TORC. Ahora voy á buscar á tu padre...

AURORA. ¿Á mi padre? Yo no quiero verle, me da mucha vergüenza...

TORC. Descuída... tonta... (Mutis por el foro.)

ESCENA XVIII

AURORA y JUANITO

AURORA. ¡Ay! Yo no sé lo que me pasa. ¡Cuántas sorpresas en una hora... ¡mi padre! ¡La madre de Juanito! ¡Y yo que la había tomado por una loca!

JUANITO. ¡Amor mío!...

AURORA. Juan... estamos perdidos.

JUANITO. ¿Ya?

AURORA. Sí, acaba de llegar... ¿Quién creerás tú?

JUANITO. No sé...

AURORA. ¡Mi padre!

JUANITO. (Temblando.) ¡Ay, Dios mío! Pe... ro tú estás se... gura de eso...

AURORA. Sí. ¡Y tu madre!

JUANITO. ¿Mi madre? Tú estás delirando... eso no puede ser...

AURORA. ¡Si acabo de hablar con ella! ¡Y si vieras qué afable... qué cariñosa! Dice que nos perdona y que será para mí una segunda madre...

ESCENA XIX

DICHOS y DON SIMÓN

SIMON. (Asomando la cabeza con mucho miedo.) ¿Ha levantado ya el sitio esa hiena?

JUANITO. ¡Don Simón, entre usted!...

SIMON. ¡Me habéis perdido, me habéis perdido para siempre!

JUANITO. ¿Pero qué pasa?

SIMON. ¡Que acaba de presentarse un caso de fiebre amarilla en esta casa!

JUANITO. ¿Fulminante?

SIMON. Sí señor, de la que no tiene cura: ¡ha llegado mi mujer!...

JUANITO. Pero señor, ¡hoy se ha dado cita en esta casa todo el mundo! ¡Bah! No se apure usted por eso: se le cuenta la verdad. ¿Qué daño puede haber en esta farsa?

SIMON. Tú no la conoces, hijo. ¡Ves este dedo? Desarticulación de segundo grado: pues fué un día del Corpus que no la quise llevar á la procesión... Mira aquí en el cuello: esta cicatríz es recuerdo de una noche que llegué un poco tarde... me cogió, y... ¡aaa!... de un mordisco se llevó tres oncitas de carne...

JUANITO. ¡Se las arrancaría á usted con coraje!

SIMON. ¡No, con hueso, con hueso y todo!...

JUANITO. (Á Aurora.) ¡Amor mío! ¿estás triste?

SIMON. ¡Hombre! Sólo faltaba que ahora se pusieran ustedes á hacerse mimos! ¡La ocasión es muy oportuna!...

JUANITO. Vamos, don Simón, no tema usted nada; mire usted... yo tengo en el pueblo á mi futuro suegro, y estoy tan tranquilo.

SIMON. ¡Me mata!... ¡Me mata!... (Intenta huir.)

JUANITO. ¿Pero á dónde va usted?

SIMON. ¡Qué sé yo! ¡Al infierno, á cualquiera parte! no quiero que sepan que he servido de...

JUANITO. ¿De qué?

SIMON. ¡Mejor es no decirlo, hombre! (Se dirige hacia el foro.)

AURORA. Por ahí, no; se encontrará usted con mi padre... (Don Simón va hacia la puerta de la izquierda.)

JUANITO. Por ahí es fácil que tropiece usted con su mujer...

SIMON. ¡Ea! ¡Ya me cargué yo! ¡Que vengan todos los suegros y las suegras del mundo!...

ESCENA XX

DICHOS y el ALCALDE, que entra precipitadamente.

ALC. Señores ¡ya cayó!...

SIMON. ¿Quién, el Gobierno?...

ALC. No, la prófuga: la mujer que se ha escapado con su novio... ¡Pero qué ojo tengo! Me dió en la naríz que era la loca que llegó esta mañana, y ya va camino de Madrid.

AURORA. (Á Juanito.) ¡Cielos! ¡Tu madre!

SIMON. (Respirando con fuerza.) ¡Dios mío, mi mujer!

ALC. ¿Cómo? (Á Juanito.) ¿Su madre de usted es la mujer de este caballero?

AURORA. ¿Tu mamá está casada con este señor?

JUANITO. ¿Qué estáis hablando?

SIMON. Señores, poco á poco: no hay que confundirse; dé usted las señas personales de la prófuga.

ALC. Pues es una mujer, ni alta ni baja...

SIMON. (Con visible alegría.) ¡Ella!

ALC. Con el cabello negro...

SIMON. ¡Ella!... Digo... no; sí, puede, puede habérselo teñido.

ALC. No mal parecida...

SIMON. Ya me va usted haciendo dudar...

ALC. Y que por poco me pega...

SIMON. ¡Ella, ella, sin remedio!

JUANITO. (Burlándose.) ¿Y su mujer de usted se ha escapado con uno?

SIMON. ¡Has visto, hombre! Hasta ahora no me he convencido de que hay hombres capaces de todo en el mundo...

JUANITO. (Así, muy bien; continúe usted disimulando.)
AURORA. ¿Quién sabe si habrá aquí algún error?...
SIMON. ¡Qué error ni que niño muerto! Señor Alcalde, permítame usted que le abrace; no hay justicia en la tierra si no le dan á usted la cruz de Beneficencia de primera clase.
ALC. ¡Hombre! Yo algo espero...
SIMON. ¿Y diga usted, ¿iba bien amarradita?
ALC. Iba con el cabo de la Guardia civil, que es el hombre más *incólume* de la tierra ..
SIMON. ¿Iba con el cabo?... Otro abrazo...
ALC. Pues hombre, no es para tanto...

ESCENA XXI

DICHOS y DOÑA TORCUATA

TORC. (Entrando furiosa.) ¡Mónstruo! ¡Infame!...
SIMON. (Arrodillándose.) ¡Dios mío, el ciclón! ¡Creo en Dios Padre Todopoderoso!

MÚSICA

TORC. Eres un canalla,
un vil impostor.
¿Conque á mí me prenden,
siendo tú el bribón?
Pero entre mis manos,
hoy vas á morir,
porque ya tus mañas
no quiero sufrir.
Granuja... bergante.
¿Esta hija, de quién es?
SIMON. Es hija, de su madre.
TORC. ¡Y tuya!
SIMON. No á fé.
Escucha un instante,

yo te explicaré...

TORC. ¡Calla, esposo *birgamo*!

TODOS. Es un Lucifer.

TORC. ¡Oh! ¡por qué le amé,
si era un traidor!
fuí víctima inocente
de su amor.
¡Gran Dios, qué desgraciada
es la mujer!
¿Por qué le dí mi vida?
¿Por qué, por qué?

TODOS. ¡Oh! ¡Qué horrible chifladura
de pronto le dió!
¿De qué la pobre víctima
se enamoró?

HABLADO

TORC. ¿Conque es decir, que no sólo tienes una querida y una hija, sino que me entregas á la Guardia civil como si fuera un bandido!... ¡Te he de matar!

ALC. (Interponiéndose.) ¡Señora!...

AURORA. Juan, abraza á tu madre.

JUANITO. ¿Á mi madre? ¡Si esta señor a no me toca á mí nada!...

TORC. (A don Simón, señalando á Aurora.) Ahí la tienes... ahí la tienes... ¡Y yo que pensaba hacer las veces de su madre! Pero os habéis conjurado contra mí... Señor Alcalde... Prenda usted á ese hombre.

SIMON. ¡Sí, hombre, préndame usted!... Si me hace usted un favor.

TORC. ¿Conque es decir, que me has obligado á corromper á un cabo de la Guardia civil? ¿A hacerle olvidar con mis lágrimas sus deberes, y por último á que me acompañara hasta aquí, para aclarar esta infamia que habéis hecho conmigo? ¡Ya ves! He tenido que hacer que me obedeciera todo un cabo de la Guardia civil...

SIMON. Pero mujer... ¿Y la disciplina? Si él es cabo, tú eres sargento... Ha cumplido con un deber de subordinación.

TORC. ¡Cruel! ¡asesino!... (Acometiéndole.)

ALC. ¡Señora! Calma, mucha calma... puede que su esposo de usted no tenga la culpa en este asunto. ¡Si usted no se hubiera escapado con el otro...

TORC. ¿Eso más? ¿Con quién?

ALC. ¿Pues con quién había de ser? Con el joven chato del paletó azul...

JUANITO. (¡Santo Dios! ¡Yo peligro en esta casa!)

SIMON. (A doña Torcuata.) Vamos á ver, vamos á ver. ¡Ahora soy yo el que tiene que pedirle á usted cuenta estrecha de su conducta. ¿Qué significa ese rapto?...

TORC. Te juro que yo...

SIMON. Nada, nada... Y enséñame al punto al barbián que se ha atrevido... tengo ganas de conocer á ese valiente...

ESCENA XXII

DICHOS y ANTOLÍN

ANT. ¿Está aquí el señor Bello?

JUANITO. ¿Qué se ofrece?

ANT. Este telegrama que acaba de recibirse para él...

JUANITO. (Abriéndole.) ¿A ver? es de Luis, mi confidente... «Estáis perdonados. Por correo va consentimiento: no presentaros aquí en un año...» ¡Oh! qué dicha... Mire usted... (Se lo entrega á don Simón que lo lee.)

SIMON. (A doña Torcuata entregándoselo.) Mira...

TORC. (Al Alcalde.) Lea usted...

ALC. Bueno, ¿y qué?

SIMON. Esto significa que toda mi falta consiste en haber apadrinado una ligereza de estos jóvenes.

AURORA. Pero, ¿y mi padre?

SIMON. Esté usted tranquila: su padre he sido yo que troqué mi papel por algunos instantes.

ALC. No entiendo ni una palabra.

JUANITO. Pues es muy sencillo: Aurora y yo hemos descubierto la *receta infalible* para contraer matrimonio...

SIMON. Justo, ó la receta para ir derechito á la cárcel... Ahora voy á ver yo si encuentro la receta infalible para que el juguete se aplauda.

Pues cesaron mis temores
y fué buena mi intención,
otórganos tu perdón
aplaudiendo á los autores. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.